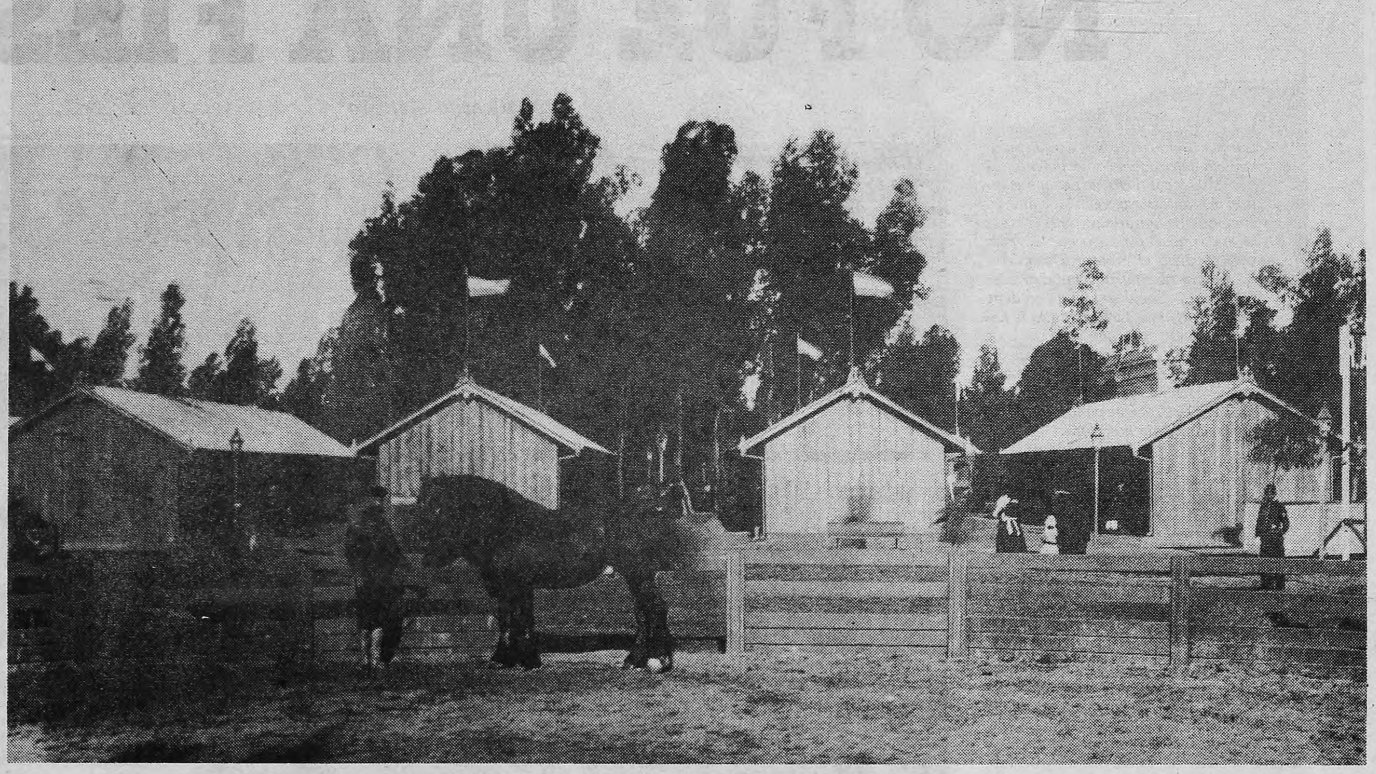


La primera exposición (año, 1875, actual esquina de Florida y Paraguay)

DEL SER (ESTANCIERO) NACIONAL

Por Miguel Briante

El gaucho —escribió una vez Macedonio Fernández— es el entretenimiento del caballo." Esa deliberada herejía apuntaba, seguro, no al cambiante hombre rural de las provincias sino a ciertas infatuaciones como las de Ricardo Güiraldes, en ese Don Segundo del que Borges supo decir que estaba lleno de "la nostalgia de escribir en París un libro sobre un pueblo de la provincia de Buenos Aires que ha sido de uno, y se está llenando de gringos".

En 1944, la CARBAP se opuso al Estatuto del Peón Rural lanzado por Perón desde la Secretaría de Trabajo con este argumento metafísico: "Hay que cuidar lo poco que queda en nuestros campos del magnífico régimen patriarcal de la vieja estancia criolla". La Sociedad Rural apuntalaba más íntimamente esa admonición: "Es preciso determinar el stándard de vida del peón común. Son a veces tan limitadas sus necesidades materiales que un remanente traería destinos socialmente poco recomendables".

En su libro *Recuerdos*, Dulce Liberal Martínez de Hoz anoticia de una fiesta dilatada durante diez días en una estancia de Córdoba, hacia 1977. Ahí, "además de los amigos de Córdoba y Buenos Aires vinieron otros de Francia y los Estados Unidos". Se lee: "Terminado el almuerzo, distribuí un recuerdo a cada uno de los invitados y, para distracción de los aficionados, se organizó una doma en los potreros". Los invitados eran unos doscientos y "desde el desayuno éramos unos veinticinco a la mesa, un grupo de gente divertida que hablaba varias lenguas". Se jugaba tenis y croquet, se tocaba el piano. "En el parque poblado de pinos y cipreces, a la sombra de una pérgola, hicimos celebrar una misa, con la mayor simplicidad, por el obispo de Córdoba, Monseñor Audicio".

De José Alfredo Martínez de Hoz, ministro de la última dictadura militar se dijo siempre: "Joe es un hombre que comulga los primeros viernes". Elvio "Poroto" Botana —nacionalista de viejo cuño, católico— suele decir que, antes que la Iglesia, hay dos instituciones que manejan el antiguo campo argentino: la ruleta y el turf. "Atrás de cada estancia, hay unos pagarés así de grandes. Después está la Iglesia, a la que dan algunos de los tantos hijos que tienen". Al respecto de esa tendencia reproductiva —que igualaría a la llamada gente de abolengo con los pobres, que no se cuidan— una señora de varios apellidos que fue conocida como una de las damas más ricas de la Argentina acostumbra a sentenciar que eso era porque, por ejemplo, "mamita nos regalaba una estancia cada vez que teníamos un hijo". Después, en su departamento muy reducido de Barrio Parque, vuelve a resucitar en sus tapices *naïf* la vieja estancia de estilo francés en que pasó su infancia y se acuerda: "Nosotros éramos tontitas. Nos criaron sin leer, para brutas".

Botana, hablando de los incidentes del fin de semana pasado en la Sociedad Rural, dice lo mismo: "Son brutos. El hombre inteligente elige las ideas. El bruto, las cosas. Estos hablan de vacas". Se está tocando el tema de la cruza: la aparición de los italianos, la industria cruzando capitales en el campo. "Con mirar los avisos de remate en *La Nación*, los cambiantes nombres de los avisos de los Anales de la Rural, uno comprueba cómo las familias criollas se están perdiendo". Entre esa nostalgia y la realidad ve una farsa: "Es como si los de la Rural no se dieran cuenta de que la historia les está pasando por encima".

En la última Exposición Rural, donde por cada raza hay un restaurante —aunque la vajilla ya no sea de cristal de bacará y porcelana, ni los cubiertos de plata, "como estaba en todas las casas porteñas en alguna época porque era barato", según Botana—, se ofrecían ostras con champán al paso y una comida para cuatro personas salía bastante más que el salario de un peón de campo. Si los criadores de la Rural eligen la profundización de la cultura gastronómica, no pasa lo mismo con otro tipo de cultura. El único aporte cultural de la Rural fue exponer en sus instalaciones —en el año 1926, bajo la presidencia de Marcelo T. de Alvear, "patrón de las artes"— los trabajos de Florencio Molina Campos. Le dieron un puesto de profesor. Cuando se hizo popular con los almanaques, se tuvo que ir a trabajar a Estados Unidos. Y eso que Molina Campos indagaba en las entrañas del ser argentino, esa cíclica preocupación de una Rural que en 1974, para oponerse a un proyecto de Ley Agraria elaborado por el secretario de Agricultura y Ganadería, Horacio C. E. Giberti, amagó esta síntesis: "El pueblo votó por la doctrina y la filosofía justicialista y no para que se pretenda introducir ideas ajenas al sentir nacional. El anteproyecto de ley agraria no responde a las necesidades actuales del Agro Argentino. Surge del mismo una concepción distinta a la mayoría del Ser Nacional".

Esa "mayoría" estaría integrada por ellos mismos, los diez mil socios de la Rural. Hablando de pureza criolla, ya en 1905 el unitario doctor Ramos Mejía señalaba que casi la totalidad de las familias porteñas que se dicen de abolengo provienen de comerciantes —tenderos, bolicheros— de origen judeo-portugués escapados de la Inquisición del Alto Perú.

Ese mestizaje, cada vez más intrincado, está a la vista en el entrevero de apellidos de los actuales miembros de la Sociedad Rural. El Ser Nacional se convierte, por estas cruzas, en el ser estanciero nacional.

EL DIA QUE LA RUR
NO FUE UNA FIEST

Por Ricardo Sidicaro*

Los dos hombres de barba se disputaban el análisis del acontecimiento. Si hay clases y conflicto me pertenece, dijo el más anciano agregando, como argumento de autoridad, que de sus ideas surgió el espectro que durante años recorrió el mundo. De ningún modo, afirmó el otro, si hubo picadero, actores y toros soy yo quien debe escribir; además, he luchado en la España que no fue y aún amo sus ojos almendrados. Marx contestó que las del agro no eran cosas sino relaciones sociales. Hemingway respondió que no era menos cierto que en los discursos había mucho de literatura.

Gustavo Gilabert



Niñas tomando sol y...

La tumultuosa jornada del día de la inauguración ofical de la 102° Exposición Internacional de Ganadería, Agricultura e Industria ha dado lugar a las más diversas reacciones e interpretaciones. Según las distintas perspectivas en pugna, el énfasis ha sido puesto en aspectos diferentes. Coyuntura especialmente densa, la crisis producida en la Rural sirvió para poner de manifiesto las contradicciones no resueltas de la conflictiva situación sociopolítica argentina. Más que en otros casos, esa concesión hecha al lenguaje teatral, que lleva a designar con el término "actores" a agentes sociales de naturaleza muy disímil, parece apropiada para nombrar a quienes protagonizaron la dramática jornada del pasado sábado 13. Marx y Hemingway podrían, con facilidad, ponerse de acuerdo; los discursos y silbidos revelaban con singular transparencia posiciones de clase.

Alchouron habló como jefe de la gran burguesía agraria argentina, poniéndose al frente de reivindicaciones que unifican al conjunto de los sectores rurales pampeanos. Su mensaje tenía tres destinatarios: el presidente Alfonsín, los dirigentes de la industria y los políticos de los dos partidos mayoritarios. Como ya es costumbre en este tipo de eventos, el titular de la Sociedad Rural Argentina hizo una encendida defensa del liberalismo económico. Pero esta vez la situación aparecía distinta a la de oportunidades anteriores. Por una parte, el pensamiento liberal ha ganado una amplia aceptación en el partido gobernante y en el peronismo. Pero por otra, y contra toda previsión, el gobierno acababa de adoptar una serie de medidas de política cambiaria encaminadas a restar una parte de los ingresos que esperaba percibir el sector agrario.

Si desde las altas conducciones del Estado se le niega a éste un rol como agente de desarrollo y se alaban virtudes del mercado, ¿en nombre de qué principios cabía legitimar la transferencia de ingresos del agro hacia el sector público? En esa pregunta no explicitada se fundaba la alocución del presidente de la Sociedad Rural Argentina. El reiterativo y recurrente discurso liberal del representante de los grandes propietarios rurales no corría el riesgo de encontrar una respuesta estatista y, por el contrario, conocía la debilidad conceptual que al respecto atravesaba al gobierno radical.

Para elogiar las ventajas del librecambio, Alchouron ensayó las argumentaciones más diversas: económicas, jurídicas, filosóficas y hasta orilló en las teológicas. No faltaron, tampoco, las referencias históricas: "Cuando nuestro agro operaba en un marco de libertad económica, dijo, nuestra patria se ubicó entre las cinco o seis naciones más pujantes del mundo". Prefirió omitir que la "libertad económica" fue limitada a comienzos de la década del treinta por los gobernantes que representaban a los grandes propietarios agrarios, expresados por la Sociedad Rural Argentina, cuando éstos requirieron *más Estado* para preservar y acrecentar sus ganancias.

El dirigente ruralista mostró, también, su preocupación por el futuro de la democracia. La estabilidad del régimen político dependía, en su opinión, de los estímulos que, por la vía de los precios, se diese a la producción agropecuaria. Los buenos precios permitirían, a su modo de ver, "alcanzar una producción mayor que es uno de los pilares fundamentales para consolidar la democracia". Esta inusual inquietud por la salud de las instituciones democráticas, avalada por un razonamiento "economicista", era diametralmente opuesta a la reflexión de la entidad, cuando desde una perspectiva "culturalista" aconsejaba a los militares, en el número de enero/marzo de 1980 de la revista *Anales de la SRA*, sobre la conveniencia de mantener el sistema dictatorial y evitar la apertura política. En el editorial de dicha revista se sostenía que "el retorno al funcionamiento plenamente democrático del país ha de depender en todos los casos de una aplastante sensación de madurez en el cuerpo cívico de la nación, cosa que por el momento nadie puede afirmar que haya ocurrido".

Pero sería equivocado creer que Alchouron habló, fundamentalmente, de dinero. Si bien la inquietud por los negocios cruzaba toda la arenga del jefe agrario, no es allí donde radicaba la clave de su mensaje. Lo que en realidad estaba en juego era demostrar que no se podía, ni se debía, tratar a la gran burguesía agraria como a un actor secundario de la escena política argentina. La estrategia de Alchouron no apuntaba simplemente a defender una porción sectorial en la distribución del ingreso, sino a mantener y ampliar la capacidad de los grandes propietarios agrarios para intervenir en las relaciones políticas argentinas. No hablaba de un problema de *cosas*, sino de *relaciones sociales*. O mejor dicho, Alchouron tomó la cuestión de la producción agropecuaria y sus precios para afirmar la presencia en la escena política de la clase social por él representada.

El jefe de la Sociedad Rural sabía que se hallaba frente a una situación paradójica en extremo. Sin proponérselo, el gobierno radical había puesto en evidencia lo fácil que podía resultar aislar políticamente a los grandes propietarios agrarios. Durante las seis últimas décadas ha quedado demostrado que esa clase social no puede proponer un proyecto para dirigir la sociedad argentina como lo hiciera otrora. Sólo consiguió, en cambio, asumir un cierto papel protagónico en alianzas relativamente inestables con otros sectores sociales propietarios, convergencias que, por momentos, hasta llevaron detrás de sí el apoyo de vastos sectores de clase media. El actual repunte de la aceptabilidad de las ideas liberales alimentó en los mentores y dirigentes del sector rural la creencia de que nuevos y buenos tiempos se acercaban para ellos. La alianza con los principales sectores propietarios, conocida con el nombre de "Grupo de los 17", la abdicación de las ideas estatistas en los partidos mayoritarios, la captura progresiva de posiciones de poder en el área de decisión de la política pública de un gobierno civil salido de una elección democrática, eran indicadores que justificaban ese optimismo. Pero la paradoja vino por una simple iniciativa del gobierno radical, que por necesidades "cortoplacistas" y frente a desasosiegos electorales, adoptó una serie de medidas de política económica que revelaban que el Estado podía asumir algunos roles más activos en la dirección de la sociedad. Más aún, que era posible desde los aparatos estatales convocar a pactos con importantes sectores empresarios excluyendo ostensiblemente a la gran burguesía agraria y desoyendo sus sempiternas demandas.

Más allá de los limitados perjuicios económicos que se hacían recaer sobre el agro, la significación de la acción gubernamental radicaba en la demostración de que la Argentina todavía tenía un Estado que podía colocarse, aun tímidamente, en la defensa del "interés general", lesionando intereses económicos sectoriales. Ante esa decisión oficial, pero sobre todo frente a los peligros potenciales que ese estilo de iniciativas entrañaba en condiciones de democracia en la que la mayoría de la población decide quién gobierna el Estado, los "hombres del campo", dirigentes y público, consideraron indispensable que en esa tarde lluviosa tronara el escarmiento.

Desde esa perspectiva, Alchouron denunció a los grandes grupos industriales, sus aliados coyunturales de la víspera, convertidos ahora en beneficiarios de "altas tasas de protección, con subsidios de todo tipo y (a las) empresas que viven al calor de los gastos oficiales". Ese lenguaje, caracterizando con singular virulencia a otros sectores empresarios, estaba ausente desde hacía mucho del arsenal discursivo de la entidad y reflejaba el despecho por la virtual "traición" de quienes habían pactado con el gobierno. ¿No comportaba esa forma de encarar el conflicto el riesgo de debilitar a los sectores propietarios en su conjunto? Así pareció estimarlo el diario *La Nación* en su editorial del día 16 de agosto, en el que definió como insensato "que se reaviven hoy en el país antinomias estériles entre el campo y la industria... ambos sectores se complementan y se necesitan recíprocamente hasta el punto de configurar un solo ámbito empresario".

El tradicional diario también señalaba en su editorial que si bien "los hombres del campo" tenían razones para estar disconformes, no cabía sino reprobar las "manifestaciones irreverentes similares a los choques verbales entre barras bravas". El cotidiano no dejó, tampoco, de lamentar que no se hubiesen podido escuchar las palabras del secretario de Ganadería, Agricultura y Pesca, Ernesto Figueras, "cuya lucha por sostener —decía el diario— en el seno del Gobierno los reclamos justificados de los hombres de

EL DIA QUE LA RURAL NO FUE UNA FIESTA

*Por Ricardo Sidicaro**

Los dos hombres de barba se disputaban el análisis del acontecimiento. Si hay clases y conflicto me pertenece, dijo el más anciano agregando, como argumento de autoridad, que de sus ideas surgió el espectro que durante años recorrió el mundo. De ningún modo, afirmó el otro, si hubo picadero, actores y toros soy yo quien debe escribir; además, he luchado en la España que no fue y aún amo sus ojos almendrados. Marx contestó que las del agro no eran cosas sino relaciones sociales. Hemingway respondió que no era menos cierto que en los discursos había mucho de literatura.

La tumultuosa jornada del día de la inauguración ofical de la 102º Exposición Internacional de Ganadería, Agricultura e Industria ha dado lugar a las más diversas reacciones e interpretaciones. Según las distintas perspectivas en pugna, el énfasis ha sido puesto en aspectos diferentes. Coyuntura especialmente densa, la crisis producida en la Rural sirvió para poner de manifiesto las contradicciones no resueltas de la conflictiva situación sociopolítica argentina. Más que en otros casos, esa concesión hecha al lenguaje teatral, que lleva a designar con el término "actores" a agentes sociales de naturaleza muy disímil, parece apropiada para nombrar a quienes protagonizaron la dramática jornada del pasado sábado 13. Marx y Hemingway podrían, con facilidad, ponerse de acuerdo; los discursos y silbidos revelaban con singular transparencia posiciones de clase.

Alchouron habló como jefe de la gran burguesía agraria argentina, poniéndose al frente de reivindicaciones que unifican al conjunto de los sectores rurales pampeanos. Su mensaje tenía tres destinatarios: el presidente Alfonsín, los dirigentes de la industria y los políticos de los dos partidos mayoritarios. Como ya es costumbre en este tipo de eventos, el titular de la Sociedad Rural Argentina hizo una encendida defensa del liberalismo económico. Pero esta vez la situación aparecía distinta a la de oportunidades anteriores. Por una parte, el pensamiento liberal ha ganado una amplia aceptación en el partido gobernante y en el peronismo. Pero por otra, y contra toda previsión, el gobierno acababa de adoptar una serie de medidas de política cambiaria encaminadas a restar una parte de los ingresos que esperaba percibir el sector agrario.

Si desde las altas conducciones del Estado se le niega a éste un rol como agente de desarrollo y se alaban virtudes del mercado, ¿en nombre de qué principios cabía legitimar la transferencia de ingresos del agro hacia el sector público? En esa pregunta no explicitada se fundaba la alocución del presidente de la Sociedad Rural Argentina. El reiterativo y recurrente discurso liberal del representante de los grandes propietarios rurales no corría el riesgo de encontrar una respuesta estatista y, por el contrario, conocía la debilidad conceptual que al respecto atravesaba al gobierno radical.

Para elogiar las ventajas del librecambio, Alchouron ensayó las argumentaciones más diversas: económicas, jurídicas, filosóficas y hasta orilló en las teológicas. No faltaron, tampoco, las referencias históricas: "Cuando nuestro agro operaba en un marco de libertad económica, dijo, nuestra patria se ubicó entre las cinco o seis naciones más pujantes del mundo". Prefirió omitir que la "libertad económica" fue limitada a comienzos de la década del treinta por los gobernantes que representaban a los grandes propietarios agrarios, expresados por la Sociedad Rural Argentina, cuando éstos requirieron *más Estado* para preservar y acrecentar sus ganancias.

El dirigente ruralista mostró, también, su preocupación por el futuro de la democracia. La estabilidad del régimen político dependía, en su opinión, de los estímulos que, por la vía de los precios, se diese a la producción agropecuaria. Los buenos precios permitirían, a su modo de ver, "alcanzar una producción mayor que es uno de los pilares fundamentales para consolidar la democracia". Esta inusual inquietud por la salud de las instituciones democráticas, avalada por un razonamiento "economicista", era diametralmente opuesta a la reflexión de la entidad, cuando desde una perspectiva "culturalista" aconsejaba a los militares, en el número de enero/marzo de 1980 de la revista *Anales de la SRA*, sobre la conveniencia de mantener el sistema dictatorial y evitar la apertura política. En el editorial de dicha revista se sostenía que "el retorno al funcionamiento plenamente democrático del país ha de depender en todos los casos de una aplastante sensación de madurez en el cuerpo cívico de la nación, cosa que por el momento nadie puede afirmar que haya ocurrido".

Pero sería equivocado creer que Alchouron habló, fundamentalmente, de dinero. Si bien la inquietud por los negocios cruzaba toda la arenga del jefe agrario, no es allí donde radicaba la clave de su mensaje. Lo que en realidad estaba en juego era demostrar que no se podía, ni se debía, tratar a la gran burguesía agraria como a un actor secundario de la escena política argentina. La estrategia de Alchouron no apuntaba simplemente a defender una porción sectorial en la distribución del ingreso, sino a mantener y ampliar la capacidad de los grandes propietarios agrarios para intervenir en las relaciones políticas argentinas. No hablaba de un problema de *cosas*, sino de *relaciones sociales*. O mejor dicho, Alchouron tomó la cuestión de la producción agropecuaria y sus precios para afirmar la presencia en la escena política de la clase social por él representada.

El jefe de la Sociedad Rural sabía que se hallaba frente a una situación paradójica en extremo. Sin proponérselo, el gobierno radical había puesto en evidencia lo fácil que podía resultar aislar políticamente a los grandes propietarios agrarios. Durante las seis últimas décadas ha quedado demostrado que esa clase social no puede proponer un proyecto para dirigir la sociedad argentina como lo hiciera otrora. Sólo consiguió, en cambio, asumir un cierto papel protagónico en alianzas relativamente inestables con otros sectores sociales propietarios, convergencias que, por momentos, hasta llevaron detrás de sí el apoyo de vastos sectores de clase media. El actual repunte de la aceptabilidad de las ideas liberales alimentó en los mentores y dirigentes del sector rural la creencia de que nuevos y buenos tiempos se acercaban para ellos. La alianza con los principales sectores propietarios, conocida con el nombre de "Grupo de los 17", la abdicación de las ideas estatistas en los partidos mayoritarios, la captura progresiva de posiciones de poder en el área de decisión de la política pública de un gobierno civil salido de una elección democrática, eran indicadores que justificaban ese optimismo. Pero la paradoja vino por una simple iniciativa del gobierno radical, que por necesidades "cortoplacistas" y frente a desasosiegos electorales, adoptó una serie de medidas de política económica que revelaban que el Estado podía asumir algunos roles más activos en la dirección de la sociedad. Más aún, que era posible desde los aparatos estatales convocar a pactos con importantes sectores empresarios excluyendo ostensiblemente a la gran burguesía agraria y desoyendo sus sempiternas demandas.

Más allá de los limitados perjuicios económicos que se hacían recaer sobre el agro, la significación de la acción gubernamental radicaba en la demostración de que la Argentina todavía tenía un Estado que podía colocarse, aun tímidamente, en la defensa del "interés general", lesionando intereses económicos sectoriales. Ante esa decisión oficial, pero sobre todo frente a los peligros potenciales que ese estilo de iniciativas entrañaba en condiciones de democracia en la que la mayoría de la población decide quién gobierna el Estado, los "hombres del campo", dirigentes y público, consideraron indispensable que en esa tarde lluviosa tronara el escarmiento.

Desde esa perspectiva, Alchouron denunció a los grandes grupos industriales, sus aliados coyunturales de la víspera, convertidos ahora en beneficiarios de "altas tasas de protección, con subsidios de todo tipo y (a las) empresas que viven al calor de los gastos oficiales". Ese lenguaje, caracterizando con singular virulencia a otros sectores empresarios, estaba ausente desde hacía mucho del arsenal discursivo de la entidad y reflejaba el despecho por la virtual "traición" de quienes habían pactado con el gobierno. ¿No comportaba esa forma de encarar el conflicto el riesgo de debilitar a los sectores propietarios en su conjunto? Así pareció estimarlo el diario *La Nación* en su editorial del día 16 de agosto, en el que definió como insensato "que se reaviven hoy en el país antinomias estériles entre el campo y la industria... ambos sectores se complementan y se necesitan recíprocamente hasta el punto de configurar un solo ámbito empresario".

El tradicional diario también señalaba en su editorial que si bien "los hombres del campo" tenían razones para estar disconformes, no cabía sino reprobar las "manifestaciones irreverentes similares a los choques verbales entre barras bravas". El cotidiano no dejó, tampoco, de lamentar que no se hubiesen podido escuchar las palabras del secretario de Ganadería, Agricultura y Pesca, Ernesto Figueras, "cuya lucha por sostener —decía el diario— en el seno del Gobierno los reclamos justificados de los hombres de campo es bien conocida". Lo que *La Nación* no podía señalar, o mejor dicho pensar, era que el discurso de Figueras y el bullicioso rechazo del público conformaban la evidencia misma de la imposibilidad de los grandes propietarios rurales de entender el llamado de quien les pedía que actuasen como una clase dispuesta a articular sus intereses con el resto de la sociedad. Con una perspicacia analítica comprensible para los hombres del campo de principios de siglo pero no para los actuales, Figueras aseveró que "los ritmos no siempre los marcan los sectores en particular, sino las necesidades de la sociedad en su conjunto". Y con mayor sentido trágico recordó segundos después que "acá nos salvamos todos o no se salva nadie". Mala época, le hubiese dicho Carlos Pellegrini o Joaquín V. González, para proponer una visión de largo plazo a esa clase en crisis.

El presidente Alfonsín redescubrió en ese acto el mismo problema que muchos de sus correligionarios habían conocido en otros momentos. ¿Cómo hacer para conciliar la valoración de los propietarios de la tierra y el ganado en tanto productores con sus actitudes autoritarias en política y excluyentes en economía? Dilema complejo, en especial, si se tiene en cuenta que esos intereses sociales gravitan siempre en los pasillos del poder, pero satisfacer sus demandas supone, inexorablemente, perder capital electoral. La opción del Presidente fue tratar de diferenciar entre los productores y quienes al silbar se convertían en fascistas. De unos cabía reconocer demandas legítimas; de los otros, repudiar su comportamiento. Los dirigentes de las Confederaciones Rurales Argentinas y de la CARBAP, Benito Legeren y Arturo Navarro, se encargaron ese mismo día de aclarar que quienes "habían silbado eran productores agropecuarios"; se trataba, dijeron, de una "reacción espontánea".

En lo fundamental, Alfonsín sostuvo que se había hecho estatismo por necesidad imperiosa de la situación inflacionaria y que la solidaridad social requería la distribución de esfuerzos. El problema es que para la gran burguesía agraria la inflación es culpa del Estado y los problema sociales se arreglan con libertad de mercado. En los dos aspectos, lo que está de más es siempre el Estado. En este plano se revelaba la debilidad política del planteo del actual gobierno para dar respuesta al particular "anarquismo de derecha" de los ideólogos liberales. Una vez aceptada la falta de legitimidad de las acciones estatales para dirigir los procesos de desarrollo económico y para combatir las desigualdades sociales, ¿desde dónde se podía replicar a los reclamos del liberalismo? En realidad, los silbidos eran una expresión simbólica de la intolerancia social de una clase en crisis pero, además, reflejaban el espacio político e ideológico que dicha clase en crisis había considerado reconquistado en los años recientes y que estima de su patrimonio por derecho divino. Ya que,como dijo Alchouron, "Dios le dio a la Argentina una naturaleza pródiga y una potencialidad productiva excepcionales". Pero, como si eso fuera poco, "también instaló sobre su suelo a los hombres que tenemos la trascendente responsabilidad de obtener de esa naturaleza los máximos frutos".

La antigua clase dirigente argentina ha perdido desde hace muchas décadas su capacidad de dirigir al conjunto de la sociedad. Conservó, sin embargo, un alto poder de invalidación que empleó contra aquellas iniciativas que no convenían a sus intereses provenientes de los más diversos elencos que se sucedieron en el control del Estado. Su imposibilidad de proponer un proyecto societario susceptible de orientar consensualmente a un bloque social relativamente amplio y dotar de coherencia a la política del Estado se hizo notoria desde antes de 1930. Esa clase en crisis tuvo grandes dificultades para convivir con la democracia, aun cuando, también, terminó descontenta con los regímenes autoritarios cuya implantación apoyó en su momento inicial. En realidad, los grandes propietarios rurales han demostrado que no pueden llevarse bien con ningún equipo gubernamental que no asuma plenamente sus demandas. Pero cuando sus requerimientos son aceptados, quien gobierna entra en conflicto con el resto de la sociedad. La "fiesta" de la 102º Exposición de la Rural puede servir de ayudamemoria para todos aquellos que desde distintos lugares del sistema político, se proponen consolidar la democracia.

* *Profesor de la Universidad de Buenos Aires, Carrera de Sociología. Investigador del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA).*



Gustavo Gilabert

Niñas tomando sol y...



Alejandro Elías

...yanquis mirando vacas (La Rural,1988)

Aquella vez que la SRA pidió reforma agraria

El 10 de julio de 1866 un grupo de propietarios rurales, reunidos en casa de la familia Martínez de Hoz, fundaba la Sociedad Rural Argentina. Objetivo: "Velar por los intereses de la campaña". Los miembros de la institución no tardaron mucho en dar cumplimiento al artículo 2 de sus estatutos, que les encomienda la misión de "coadyuvar a la iniciativa de los poderes públicos". Claro que hay maneras y maneras de coadyuvar: desde 1898, cuando Emilio Frers asumió como ministro de la recién creada cartera de Agricultura, la SRA entendió que debía participar directamente en el ejercicio del poder político.

Así, entre 1910 y 1943, cinco de los nueve presidentes de la Nación y el 40 por ciento de los ministros fueron socios de la SRA. Ni siquiera durante los primeros gobiernos peronistas —con los que la relación de la entidad fue conflictiva— dejó de instalar a sus miembros como titulares de Agricultura. Noventa y cuatro de sus asociados ocuparon cargos de gobierno en el período prevalecientemente dictatorial que se extiende de 1956 a 1983. Verdad es que la SRA siempre tuvo preferencia por los regímenes militares, cuyo autoritarismo cristaliza en el plano nacional el ideal jerárquico del estanciero.

El golpe del 16 de setiembre de 1955, por ejemplo, despertó el entusiasmo de la SRA, que envió al general Lonardi un mensaje expresando "los alborozados sentimientos de los hombres del agro" y ofreciéndole "su más amplia y sincera colaboración". En cambio, el gobierno de Arturo Frondizi utilizaba "métodos propios de los sistemas totalitarios, persiguiendo finalidades políticas de corte demagógico", según declara en 1960 Juan Manel Mathet, presidente de turno de la Sociedad. Arturo Illia no conoció mejor suerte; en la Exposición de 1965, Alberto Fano, sucesor de Mathet, anunció el ya próximo golpe de Estado: "No es el gobierno del pueblo —dijo— la tiranía comunista y menos aún la usurpación del poder que lo esclaviza y anula (...) Por eso, no hay que temer que a veces nos enceguezca la pasión, si la nobleza de la causa lo justifica (...) Frente al peligro que nos rodea, preferimos pecar de apasionados antes que de idiotas útiles". Naturalmente, los "apasionados" aseguraron al general Onganía, cuando asumió, que iban "a redoblar los esfuerzos en la noble tarea de reconstruir el país" y a "colaborar con nuestro gobierno". El "nuestro" asume aquí un sentido muy particular.

Desde luego, el gobierno peronista que surgió de las urnas en 1973 tampoco escapó a la cólera de la SRA, que en 1974 denunció el peligro de caer en "una política agropecuaria de fuerte contenido colectivista". En una solicitada publicada en 1975 afirmaba la entidad que "cuando una vaca sale menos que un par de zapatos, una tonelada de trigo menos que un traje, una oveja menos que tres entradas de cine, la desesperanza cunde entre los productores". Movidos, sin duda, por la desesperanza, los directivos de la SRA descubrieron la relación existente entre sus intereses y la doctrina de la seguridad nacional y acudieron al entonces comandante en jefe del Ejército, general Videla, para explicarle —entre otras cosas— que los problemas de la balanza de pagos dificultaban "el reequipamiento de todos los sectores, inclusive nuestras Fuerzas Armadas". Naturalmente —de nuevo— la SRA felicitó a los autores del golpe de 1976 que "han encarado la difícil misión de revertir la decadencia argentina". Videla fue ovacionado en "un clima de fervor" (*Clarín*, 2 de agosto de 1976) cuando concurrió con su ministro de Economía —a su vez, miembro de la SRA— a la inauguración de la Exposición de ese año.

Pero cabe reconocer que la SRA no siempre se alzó contra los gobiernos civiles en general y los peronistas en particular, en defensa —claro— del ser estanciero nacional y de la intocable propiedad terrateniente. Sus directivos, bajo el segundo gobierno de Perón, por ejemplo, publicaron una solicitada en la que afirmaban que "es menester procurar el acceso a la tierra en calidad de propietarios a quienes la trabajan" y que "debe facilitarse la subdivisión en unidades económicas de la tierra arrendada y de los latifundios de explotación antieconómica" (*La Razón*, 1º de junio de 1953).

Circulaba entonces la versión de que Perón proclamaría en acto público próximo la implantación de una reforma agraria y la SRA quiso, al parecer, anticiparse al hecho y declararse a favor. Perón sostuvo, en cambio, que sería una locura dividir las estancias. ¿Habrá sido por eso, porque J. D. Perón no hizo la reforma agraria que, producido el golpe que lo derrocó en 1955, el entonces presidente de la entidad, J. J. Blaquier, dijo en reunión de Comisión Directiva que "al quedar atrás una etapa execrable de la economía del país ha sobrevenido el optimismo que había de generar el esperado renacimiento del agro", como se registra en los Anales de la SRA de 1956? Curiosamente, en los Anales correspondientes no se reproduce esa solicitada que la SRA publicó en 1953.

Domingo 21 de agosto de 1988

AL
TA

campo es bien conocida''. Lo que *La Nación* no podía señalar, o mejor dicho pensar, era que el discurso de Figueras y el bullicioso rechazo del público conformaban la evidencia misma de la imposibilidad de los grandes propietarios rurales de entender el llamado de quien les pedía que actuasen como una clase dispuesta a articular sus intereses con el resto de la sociedad. Con una perspicacia analítica comprensible para los hombres del campo de principios de siglo pero no para los actuales, Figueras aseveró que ''los ritmos no siempre los marcan los sectores en particular, sino las necesidades de la sociedad en su conjunto''. Y con mayor sentido trágico recordó segundos después que ''acá nos salvamos todos o no se salva nadie''. Mala época, le hubiese dicho Carlos Pellegrini o Joaquín V. González, para proponer una visión de largo plazo a esa clase en crisis.

El presidente Alfonsín redescubrió en ese acto el mismo problema que muchos de sus correligionarios habían conocido en otros momentos. ¿Cómo hacer para conciliar la valoración de los propietarios de la tierra y el ganado en tanto productores con sus actitudes autoritarias en política y excluyentes en economía? Dilema complejo, en especial, si se tiene en cuenta que esos intereses sociales gravitan siempre en los pasillos del poder, pero satisfacer sus demandas supone, inexorablemente, perder capital electoral. La opción del Presidente fue tratar de diferenciar entre los productores y quienes al silbar se convertían en fascistas. De unos cabía reconocer demandas legítimas; de los otros, repudiar su comportamiento. Los dirigentes de las Confederaciones Rurales Argentinas y de la CARBAP, Benito Legeren y Arturo Navarro, se encargaron ese mismo día de aclarar que quienes ''habían silbado eran productores agropecuarios''; se trataba, dijeron, de una ''reacción espontánea''.

En lo fundamental, Alfonsín sostuvo que se había hecho estatismo por necesidad imperiosa de la situación inflacionaria y que la solidaridad social requería la distribución de esfuerzos. El problema es que para la gran burguesía agraria la inflación es culpa del Estado y los problema sociales se arreglan con


Alejandro Elías

...yanquis mirando vacas (La Rural,1988)

libertad de mercado. En los dos aspectos, lo que está de más es siempre el Estado. En este plano se revelaba la debilidad política del planteo del actual gobierno para dar respuesta al particular ''anarquismo de derecha'' de los ideólogos liberales. Una vez aceptada la falta de legitimidad de las acciones estatales para dirigir los procesos de desarrollo económico y para combatir las desigualdades sociales, ¿desde dónde se podía replicar a los reclamos del liberalismo? En realidad, los silbidos eran una expresión simbólica de la intolerancia social de una clase en crisis pero, además, reflejaban el espacio político e ideológico que dicha clase en crisis había considerado reconquistado en los años recientes y que estima de su patrimonio por derecho divino. Ya que,como dijo Alchouron, ''Dios le dio a la Argentina una naturaleza pródiga y una potencialidad productiva excepcionales''. Pero, como si eso fuera poco, ''también instaló sobre su suelo a los hombres que tenemos la trascendente responsabilidad de obtener de esa naturaleza los máximos frutos''.

La antigua clase dirigente argentina ha perdido desde hace muchas décadas su capacidad de dirigir al conjunto de la sociedad. Conservó, sin embargo, un alto poder de invalidación que empleó contra aquellas iniciativas que no convenían a sus intereses provenientes de los más diversos elencos que se sucedieron en el control del Estado. Su imposibilidad de proponer un proyecto societario susceptible de orientar consensualmente a un bloque social relativamente amplio y dotar de coherencia a la política del Estado se hizo notoria desde antes de 1930. Esa clase en crisis tuvo grandes dificultades para convivir con la democracia, aun cuando, también, terminó descontenta con los regímenes autoritarios cuya implantación apoyó en su momento inicial. En realidad, los grandes propietarios rurales han demostrado que no pueden llevarse bien con ningún equipo gubernamental que no asuma plenamente sus demandas. Pero cuando sus requerimientos son aceptados, quien gobierna entra en conflicto con el resto de la sociedad. La ''fiesta'' de la 102° Exposición de la Rural puede servir de ayudamemoria para todos aquellos que desde distintos lugares del sistema político, se proponen consolidar la democracia.

* *Profesor de la Universidad de Buenos Aires, Carrera de Sociología. Investigador del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA).*

Aquella vez que la SRA pidió reforma agraria

El 10 de julio de 1866 un grupo de propietarios rurales, reunidos en casa de la familia Martínez de Hoz, fundaba la Sociedad Rural Argentina. Objetivo: ''Velar por los intereses de la campaña''. Los miembros de la institución no tardaron mucho en dar cumplimiento al artículo 2 de sus estatutos, que les encomienda la misión de ''coadyuvar a la iniciativa de los poderes públicos''. Claro que hay maneras y maneras de coadyuvar: desde 1898, cuando Emilio Frers asumió como ministro de la recién creada cartera de Agricultura, la SRA entendió que debía participar directamente en el ejercicio del poder político.

Así, entre 1910 y 1943, cinco de los nueve presidentes de la Nación y el 40 por ciento de los ministros fueron socios de la SRA. Ni siquiera durante los primeros gobiernos peronistas —con los que la relación de la entidad fue conflictiva— dejó de instalar a sus miembros como titulares de Agricultura. Noventa y cuatro de sus asociados ocuparon cargos de gobierno en el período prevalecientemente dictatorial que se extiende de 1956 a 1983. Verdad es que la SRA siempre tuvo preferencia por los regímenes militares, cuyo autoritarismo cristaliza en el plano nacional el ideal jerárquico del estanciero.

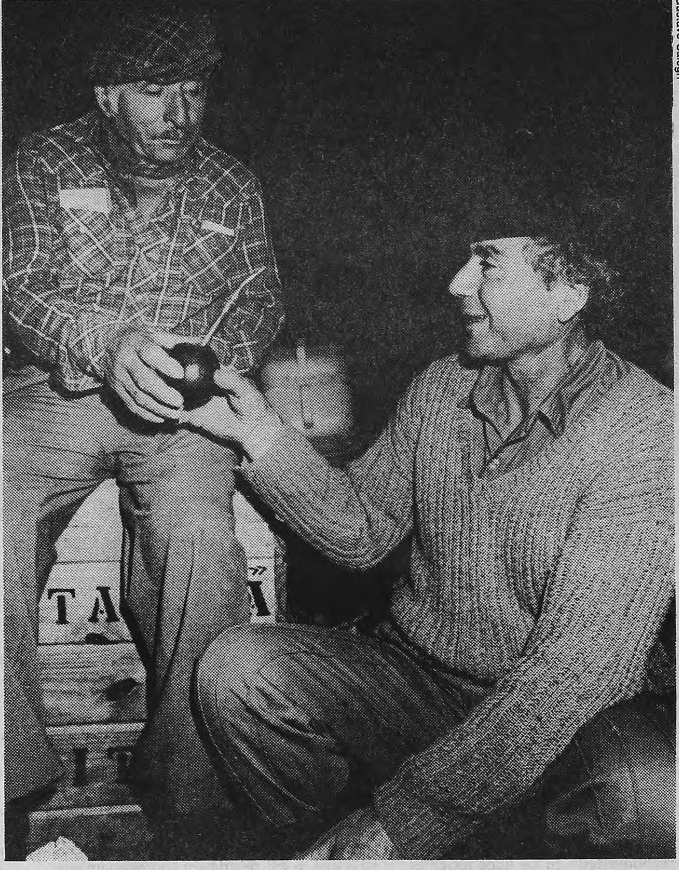
El golpe del 16 de setiembre de 1955, por ejemplo, despertó el entusiasmo de la SRA, que envió al general Lonardi un mensaje expresando ''los alborozados sentimientos de los hombres del agro'' y ofreciéndole ''su más amplia y sincera colaboración''. En cambio, el gobierno de Arturo Frondizi utilizaba ''métodos propios de los sistemas totalitarios, persiguiendo finalidades políticas de corte demagógico'', según declara en 1960 Juan Manel Mathet, presidente de turno de la Sociedad. Arturo Illia no conoció mejor suerte; en la Exposición de 1965, Alberto Fano, sucesor de Mathet, anunció el ya próximo golpe de Estado: ''No es el gobierno del pueblo —dijo— la tiranía comunista y menos aún la usurpación del poder que lo esclaviza y anula (...) Por eso, no hay que temer que a veces nos enceguezca la pasión, si la nobleza de la causa lo justifica (...) Frente al peligro que nos rodea, preferimos pecar de apasionados antes que de idiotas útiles''. Naturalmente, los ''apasionados'' aseguraron al general Onganía, cuando asumió, que iban ''a redoblar los esfuerzos en la noble tarea de reconstruir el país'' y a ''colaborar con nuestro gobierno''. El ''nuestro'' asume aquí un sentido muy particular.

Desde luego, el gobierno peronista que surgió de las urnas en 1973 tampoco escapó a la cólera de la SRA, que en 1974 denunció el peligro de caer en ''una política agropecuaria de fuerte contenido colectivista''. En una solicitada publicada en 1975 afirmaba la entidad que ''cuando una vaca sale menos que un par de zapatos, una tonelada de trigo menos que un traje, una oveja menos que tres entradas de cine, la desesperanza cunde entre los productores''. Movidos, sin duda, por la desesperanza, los directivos de la SRA descubrieron la relación existente entre sus intereses y la doctrina de la seguridad nacional y acudieron al entonces comandante en jefe del Ejército, general Videla, para explicarle —entre otras cosas— que los problemas de la balanza de pagos dificultaban ''el reequipamiento de todos los sectores, inclusive nuestras Fuerzas Armadas''. Naturalmente —de nuevo— la SRA felicitó a los autores del golpe de 1976 que ''han encarado la difícil misión de revertir la decadencia argentina''. Videla fue ovacionado en ''un clima de fervor'' (*Clarín*, 2 de agosto de 1976) cuando concurrió con su ministro de Economía —a su vez, miembro de la SRA— a la inauguración de la Exposición de ese año.

Pero cabe reconocer que la SRA no siempre se alzó contra los gobiernos civiles en general y los peronistas en particular, en defensa —claro— del ser estanciero nacional y de la intocable propiedad terrateniente. Sus directivos, bajo el segundo gobierno de Perón, por ejemplo, publicaron una solicitada en la que afirmaban que ''es menester procurar el acceso a la tierra en calidad de propietarios a quienes la trabajan'' y que ''debe facilitarse la subdivisión en unidades económicas de la tierra arrendada y de los latifundios de explotación antieconómica'' (*La Razón*, 1° de junio de 1953).

Circulaba entonces la versión de que Perón proclamaría en acto público próximo la implantación de una reforma agraria y la SRA quiso, al parecer, anticiparse al hecho y declararse a favor. Perón sostuvo, en cambio, que sería una locura dividir las estancias. ¿Habrá sido por eso, porque J. D. Perón no hizo la reforma agraria que, producido el golpe que lo derrocó en 1955, el entonces presidente de la entidad, J. J. Blaquier, dijo en reunión de Comisión Directiva que ''al quedar atrás una etapa execrable de la economía del país ha sobrevenido el optimismo que había de generar el esperado renacimiento del agro'', como se registra en los Anales de la SRA de 1956? Curiosamente, en los Anales correspondientes no se reproduce esa solicitada que la SRA publicó en 1953.

CABAÑEROS SIN CABAÑA


Gustavo Saiegh

Héctor Omar Gregorat y Félix Andrade

Están ahí, mateando. Del fondo del galpón, donde esos olores —la bosta, el pasto seco, la alfalfa— tienen la intimidad del campo, don Héctor Omar Gregorat, sentado en el cajón de las herramientas, los aperos, mira entre dos filas de toros puestos de culata hacia el medio, y allá, a veinte metros, ve pasar la gente que visita la Exposición Rural de este año: esa gente, la ciudad. "Soy un pichón —dice—, ponga cincuenta años. Y haga las preguntas. Si se las puedo contestar." Es de Rio Cuarto, Sampacho, en Córdoba. "Torero —dice—, allá le dicen así. En la provincia de Buenos Aires les dicen cabañeros como si fueran patrones. Somos los que cuidamos los animales." Señala a un hombre más joven mientras le estira un mate. "Acá, el amigo." El hombre es Félix Andrade, 41 años. De 30 de Agosto, cerca de Trenque Lauquen. "Empecé a los 13 años, en las ferias —está diciendo Gregorat—, de portero, abría para la salida de las vacas. Después me fui con esta gente y anduve con el Santa Gertrudis. Ahora estoy con los pampas, otra raza. Vivo en el pueblo, un pueblo así nomás pero que ahí está". Tiene dos casas; tres hijos, que estudian y trabajan. "Porque si no, con el sueldo no alcanza. Tengo sueldo y medio, cobro mil ochenta, por ahí. Claro que tengo mis modificaciones, por familia, y un sobresueldo." Se levanta a las tres y media, y a las cuatro está en el galpón de la estancia. Hace las camas de los toros, matea, sale al campo. "Cuido siete toros a galpón, unos veinte en el campo, otros setenta y cuatro por ahí. A las doce les doy de comer a los del galpón, voy a casa, vuelvo. En casa, sé estar a eso de las ocho. Pero los chicos trabajan. Allá un kilo de carne vale la más barata veinte australes. Pero nos juntamos, vemos televisión. Yo es el segundo año que vengo. Esta ciudad es fácil, uno se orienta. Ahora si uno cuenta lo que ve, no le creen. El ruido, las minifaldas, las máquinas. Ahora me traje a un hijo, para que él cuente también, y me crean. Eso sí, allá uno es más feliz."

"El abuelo extraña; extraña a la Nena, como él le dice a la mujer", aclara el otro, Andrade. El hombre asiente: "Mucho frío para mí solo", dice y lo mira. "Usted es más joven pero hace más años que viene a la Rural." "Como veinte —dice Andrade, sentado más abajo—. Yo domaba. Me iba desde Trenque Lauquen hasta Córdoba. Tuve premios. Después dejé, por la familia. Ahora soy ayudante de cabañero; sé inseminar pero soy ayudante. Anduve de tropero; cinco días, seis días, por Pehuajó, por el borde de La Pampa. El viaje más largo lo hice a Santa Fe: veintidós días. Uno conoce, andando. Yo nunca encontré gente mala. Si uno ayuda, lo ayudan. Yo soy de ayudar, porque el mundo da vuelta, ¿no? Hoy uno está arriba, mañana está abajo." Hay un silencio; se empieza a hablar de caballos. "A mí, si me sacan el caballo, me muero", dice don Gregorat. "Ahí tiene, a mí también —dice Andrade—. Si a mí me mandan a degollar un caballo no lo hago. Será porque aprendí a leer yendo a caballo. Ahora a los chicos de la estancia los llevan en camioneta. Pero ya ve, los caballos se van acabando. Hacen caballos de salto, de polo, y los venden afuera. También, un pony lo venden como a quinientos mil australes. El otro día vi *La aventura del hombre*, porque en la estancia hay luz, televisión. Me gusta ver eso. Ahí daban que en una época había tres personas por cada caballo. Ahora uno ve esos triciclos de ruedas patonas y pregunta para qué es y le dicen que es para el trabajo de campo, por el barro. Mire que uno va a apartar en moto."

"Eso —dice el periodista— lo hacen más que nada en los tambos grandes, que ya son como fábricas. Por ejemplo en Los Cerrillos, de los Bemberg, que era de Rosas: ahí hay de esos triciclos que antes se veían nada más que en la playa, cada vaca está en la computadora." Se miran. "Hay que decirle al pichón —y llama al hijo—, para que me crean en el pueblo". A Andrade le gusta hablar. De caballos. "La otra vez fui a una feria, en La Pampa. Se les había enojado un toro. Yo andaba de a pie, con un palito en la mano. El toro iba hasta los postes y se volvía, furioso. Ahí el capataz me gritó *ayude*, y me marcó un caballo que estaba atado. Nosotros decimos que el criollo de pie es como el gusano; cualquiera lo pisa. En vez, ahí arriba. Cuando me subí a ese caballo, volví a vivir."

Andrade tiene tres hijos; gana 1300 australes. En la estancia le dan dos kilos de carne por día, cuatro kilos de yerba por mes, la galleta que haga falta. "El más chico me salió loco por los caballos, como mi padre, que domó hasta los sesenta años. El chico dice que es indio, porque come sin pan." En los 19 años que viene a la Rural, todo fue cambiando. "Antes andaba por ahí, ahora no salgo de acá. Antes parábamos en un hotel viejo, acá en la calle Godoy Cruz, donde ahora hicieron una playa. También cambió la Rural: todo esto que ahora se llevan —la basura, que ahora está en tachos de Manliba— había que levantarlo y sacarlo. Hay menos trabajo. Pero yo igual me vengo más temprano, como a las cuatro. Así a las ocho los toros ya comieron y las camas están listas. No por quedar bien con el patrón, sino por uno mismo. Si el toro está acostumbrado a comer a una hora, y se la cambia, le agarra diarrea." "¿Le toman cariño al animal, como dijo un paisano en televisión, que eran como sus hijos, porque él mismo los inseminaba?" "No es eso —dice Andrade—. No hay peor cosa para un peón de cabaña que volverse con los animales sin vender. Y de eso depende el sacrificio de un año de toda una familia. Nosotros tenemos un tanto sobre la venta: yo tengo un uno y medio por ciento." La cabaña para la que trabaja vendió tres toros a 65.000 australes."Imagínese el alivio que es para la necesidad." Andrade mira por encima del hombro del periodista. Saluda: "Qué tal, doña María. Pase, por ahí anda alguno de los muchachos". La mujer, de unos sesenta años, —el pelo todavía rubio; saco de imitación corderoy y bufanda— tiene un bolso en la mano. A unos metros, se la ve ofrecer camperas imitación cuero. "Pobre —dice Andrade—, el otro día se encajó un susto. Se olvidó la cartera ahí." Señala el cajón con herraduras del que don Héctor Gregorat, después de cederle el mate, se está levantando. "Había llegado a la calle Santa Fe y se volvió. La billetera estaba ahí. Como dos horas y ahí estaba." Se miran, con cierto orgullo natural. Antes, después, alguno de los dos ha dicho: "Nosotros, mi familia, siempre fuimos pobres. Por eso —coincidieron los dos— los hijos tienen que estudiar." "De qué vale una vida de trabajo si uno no puede darle algo a la familia. Los chicos tienen que estudiar, aunque trabajen. Es la única manera de salir." ¿La única? Andrade se ríe, bajito. "Lo único es que uno, de soltero, se case con una mujer rica." Desde el costado, está entrando un hombre más alto. "Que le diga él, que es de los pocos que siguen viniendo, de los que venían con los Santa Gertrudis." El hombre saluda. Dice que sí: "Vamos quedando pocos. Algunos se quedan acá, en la ciudad. ¿Antes? —repite—. Antes, primero que todo esto era mugre. Había que descargar los animales en la calle. Cuando yo era joven, salíamos para todos lados. Íbamos a los cabarets. Este galpón era de madera". Andrade dice: "Cuentelé, don Pereyra, cuando se quemó". Pereyra, solterito y sin apuro, prefiere medir los tiempos. "Siempre nos trajeron a los hoteles. En una época, podíamos hacer el asado allá, en otro galpón. Pero desde hace años comemos en la Papa Frita, ahí en Pacífico. Acá adentro, no. ¿Usted probó los chorizos de los puestos? ¿El vino en esos vasitos?" Comen afuera y vuelven; si un animal se enferma, duermen en el galpón. "Ahí ando con problemas —dice Pereyra— con los muchachos. Se acuestan tarde, por salir. Y se levantan tarde. Yo me vengo antes; porque a las ocho las camas deben estar listas, la paja limpia, todo preparado ¿Los patrones? No dicen nada. Si ellos vienen más tarde."

Se costalea el tema de las mujeres. "Eso era antes —dice Pereyra—, para mí. Las traían. Aquí mismo las traían", y estira el mate en el aire. Andrade se ríe, lo palmea. "Claro —dice—, nunca falta un rufián." Pero eso era antes. "Ahora las mujeres se quedan tranquilas. Saben que uno viene por el bien de la familia, y que está viejo. Yo no salgo de acá. Aparte, que no alcanza el tiempo. Venimos a más tardar a las cinco de la mañana, apenas si salimos para comer y nos vamos a las diez de la noche. Nos quedamos hablando de nuestras vidas, en las piezas del hotel."

Los patrones pagan los gastos diarios. Andrade no sale ni por la Rural misma. "Qué voy a llevarle a mis hijos —dice—, ¿una cabezada a 170 australes, que yo mismo me puedo hacer? Cuando me paro allá adelante —señala hacia el río de gente— es para mirar la gente. Si me conversan, converso, y yo no ando engañando a nadie. El otro año yo estaba con un toro Santa Gertrudis, que tienen joroba, y viene un chico y me preguntó si esa vaca era mentirosa. Le dije que era toro, y que esta raza es así. Uno no le va a andar mintiendo porque ellos no tienen la culpa de vivir acá."

Pereyra, lo mismo; mira hacia el pasillo central como si estuviera más lejos todavía. "Antes —se acuerda—, todos estos comederos adonde van los patrones no existían. Porque había nada más que tres razas. Y eran más chicos. Después había otro que era el de razas varias. Pero yo nunca fui. ¿Usted, Andrade?" "Nunca —dice el de Trenque Lauquen—. No tengo la menor idea del platal que debe salir comer ahí." Por fin, Andrade admite que el mate está lavado, casi sin mirarlo. Atardece, afuera. Dos paisanos de Corrientes pasan a saludar. Es el miércoles y lo que se vendió, se vendió. Algunos se vuelven cargados, en los camiones que saldrán en la madrugada del jueves. "¿Vendieron?", le dice Andrade a Pereyra. "Poco —dice el otro—, ningún burro." "Estos tienen un zoológico —dice Andrade—, ahí en el campo. Pero raro, porque burros no van quedando, tampoco. Como los caballos." Y mira a un hombre que se acerca, y le estira la mano. "Ahí está, él domaba conmigo —dice Andrade—. Hace veinte años. Se quedó en Buenos Aires." "Trabajo en Liniers, en el matadero", dice el hombre. Se están despidiendo. Hay una pregunta obligada. Hubo un tiempo en que domaban, se iban de arreo, no tenían familia. "Eso compensa, la familia. Pero aquella vida se extraña, sí", dice el hombre que se quedó en la ciudad.

M.B.